

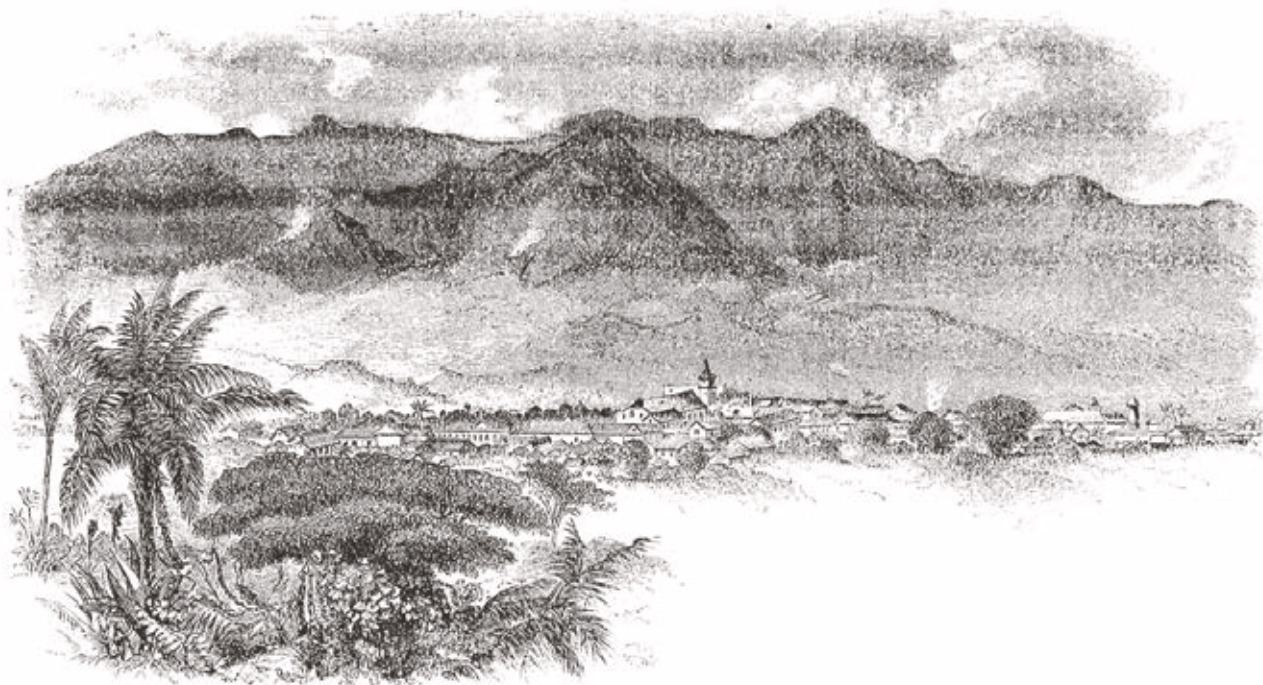
NOSTALGIA

Cómo cambió nuestro pueblo costarricense sus costumbres, modo de expresarse, sus blandos sentimientos, su fino modo de actuar, su agradable convivencia, su noble humildad, su temor a Dios, en fin toda su franca y sincera idiosincrasia, digna de este pueblo bendito por Dios.

Si nos remontamos 80 o 90 años atrás, los que tenemos el privilegio de haber vivido esa longevidad, sólo alcanzada por muy pocos seres humanos de tiempos pretéritos, decimos “los contemporáneos de hoy”: mentiras!, este país no es Costa Rica!, podrá ser cualquier pueblo infernal del globo terrestre, menos la aldea en que yo me crié, menos la tiquiquisia adorada de tiempos, que nos parecen que fueron de ayer.

Al pasar la vida, de esta manera tan fugáz, los que hoy tenemos achaques marcados por la existencia, sentimos que los días se nos fueron, que tal vez hicimos mucho o poco en nuestros años ya vividos pero que pudimos haber hecho más o haber cambiado las cosas en forma mejor. Qué ya los días se nos fueron y aunque quisiéramos enmendar nuestros errores pero ya se nos hizo tarde, ya nuestras fuerzas físicas y mentales están menguada y tenemos que lamentarnos de que esa época que nos queda, sólo nos asiste la esperanza de que nuestros herederos nos superen por sus logros y puedan vivir una vida más edificante que la nuestra.

Es más, no es que nos estamos quejando de las miles de bondades que el creador nos ha otorgado pero el ser humanos con sus errores inéditos de su vivir, siempre tira al perfeccionismo y al hacer examen de conciencia, es lógico, que se piense en hacer las cosas mejor e irse superando. Ha eso se ha llamado ir adquiriendo la buena experiencia.



El San José de antaño.

Las añoranzas, de ésta la tierra querida se han desvanecido, al observar el panorama actual en que vivimos, los avances del mundo moderno nos han traído maravillosas facilidades en nuestro accionar diario pero sobre esa condición gloriosa también se nos han venido las desgracias más odiosas, como son y han sido la descomposición social, el actuar displicente de nuestros congéneres; cómo se conciben las legislaciones actuales, que basadas en el falso concepto de los "Derechos Humanos", los que delinquen tiene todos los privilegios y los vilipendiados por el hampa somos nosotros los ignorados; en sus sentimientos y de hecho, somos condenados a sufrir las consecuencias de esa miserable justicia o de la inopia de la situación real del que delinque.

Costa Rica en el concepto global absorbe todo lo bueno o lo malo que se estila en el mundo, que con las telecomunicaciones actuales y la facilidad del transporte, las tragedias o las mejoras de los pueblos se transmiten de inmediato de un lugar a otro.



Aún los niños vestían bonito.

Mientras tanto, nosotros la gente longeva seguimos añorando el olor a tierra mojada de aquellos remotos tiempos, lo primitivo que éramos pero cómo disfrutamos, aún cerca de San José existían los cafetales, se respiraba el olor agradable de su floración perfumada y el regalo a la vista de esos mantos blancos de la floración de los cafetos, que contrastaba con el verde oscuro de las luminosas hojas de

intenso color verde. La población del país no llegaba a 500 mil habitantes y en los poblados todos sabíamos sobre la suerte de uno u otro. Es decir, eran tan pequeños nuestros poblados que casi todos nos conocíamos.

El tico era muy honrado y se mofaba de su modo de ser, los pocos rateros eran bien conocidos dentro de la austeridad que vivía el país. Dominaba la clase media baja, que tenía un buen vivir pero se acostumbrada a ayudar al desvalido. No negamos que también había pobreza extrema, pero aún el muy pobre tenía para su olla de carne y su arroz y frijoles.

Se trabajaba de lunes a mediodía del sábado, no habían tantos días feriados como los hay hoy. El trabajo se consideraba como distracción además que de era el "modus vivendi" del ciudadano que era muy correcto. Se trataba con cariño y el labrador u obrero que siempre

estaba agradecido con su patrón, si la jornada se prolongaba por “x” circunstancia, no se veía que la gente renegaba o exigía legalmente más retribución. Al actuar así, con bondad y amor, el patrón le tomaba más afecto a su gente y le buscaba la forma de retribuirlo mejor o de otorgarle concesiones de gran valor; como préstamos sin fianza, hermosas regalías, ayudas a sus familiares o a sus seres queridos, en síntesis, se convertía ese elemento amigo colaborador en un ser apreciado y ese cariño se reciprocaba entre ambos.

La sencillez del ciudadano nuestro inspiraba igualdad entre los congéneres, despertaba respeto y confianza entre las amistades, casi todos íbamos a los colegios oficiales. Eso quería decir que el rico se codeaba con el pobre y eso hacía que no hubieran grandes diferencias de clases sociales. La enseñanza tanto primaria como secundaria eran de primera calidad, pues un buen número de educadores se formaban en la Escuela Normal de Heredia donde se les enseñaba no sólo pedagogía sino una gran habilidad para transmitir sus sabias enseñanzas.

No habían tantos vehículos automotores y los niños caminábamos por las calles hacía nuestros colegios con cierto grado de seguridad. Nunca faltaban los niños fogosos y embarcadores, con el bulto de cuero grueso muy bien artesonado (lo que ahora llaman las mochilas) asidos a las espaldas, esos niños líderes precoces, nos incitaban a los demás a tocar timbres de las casas en nuestro trayecto. Gozábamos viendo salir a los moradores enojados por la fechoría y la gente nos gritaba “chiquillos malcriados, busquen oficio”. De pronto salíamos corriendo a gran velocidad y gritando ahí viene el “buitre” (así llamábamos a los policías de las esquinas), el corazón se nos salía de solo el temor que nos capturasen.



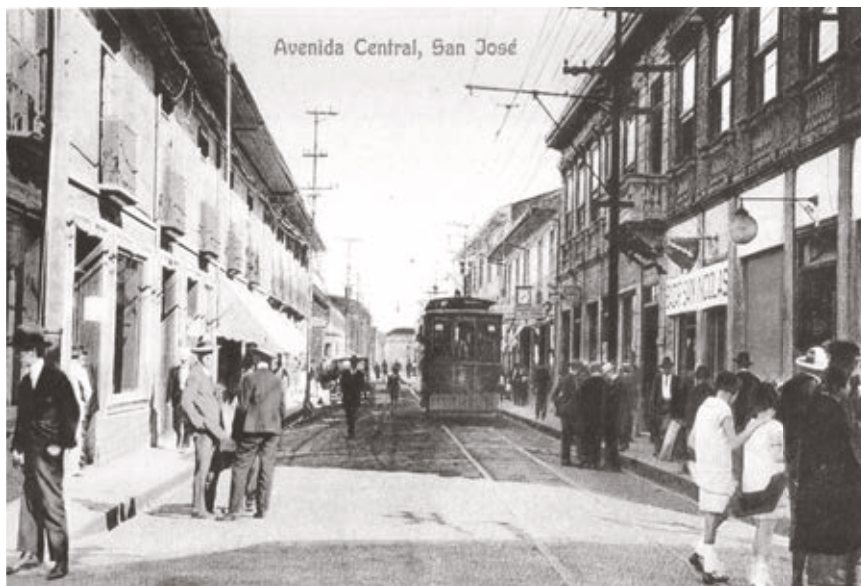
Vestuario de policía y trabajadores.

La policía vestía muy bien, a la europea, tela gruesa azul marino, con buen kéviz y el traje bien confeccionado por un sastre; ese porte, inspiraba elegancia y respeto a su vez. Es claro, San José era menos cálido y la deforestación no ha cambiado tanto, el clima fresco de otro hora, lo que hizo, también cambiar sus uniformes por otros más

livianos. El miedo del párvulo era que se lo llevaran a la cárcel pues los padres de uno eran muy estrictos y como decíamos los muchachos “si me agarra mi “tata” en éstas carajadas, me mata”. Eso quería decir que nos castigaban con mano abierta sobre las nalgas y algunos papás muy severos, con un cinturón de cuero o de vaina de cuchillo-machete.

En realidad no eran tantos los latigazos, ni tan fuertes pero uno se sentía ofendido en su amor propio y lloraba con llanto abierto por esa sanción de un ser tan querido, pues cómo amaba uno a sus progenitores y cómo les profesaba uno, respeto. No se podía faltar a las horas

de las comidas en la mesa familiar; religiosamente se desayunaba, se almorzaba y se comía a horas fijas, toda la familia junta: el padre, la madre, los muchachos y muchachas. Ya fuera que todavía fuéramos niños o crecidos adultos, siempre había una disciplina que no se podía infringir. Todos estos detalles traían la unión estrecha del hogar y no el despilfarro emocional actual de la familia. Asunto tan importante que afrontamos hoy, que ya dejamos de ser una aldea. En esos convivios familiares se conversaba sobre lo bueno y lo malo de nuestros pensamientos y acciones, de nuestras conductas equivocadas y se purgaban o rectificaban cantidad de malos hábitos.



Avenida Central con su tranvía.

La mayor parte de la población era católica y aunque no todos éramos beatos, sentíamos que la religión nos cobijaba. Pensábamos mucho en el Ser Supremo y existía el temor a Dios. No hacer el mal a nadie menos atentar contra la vida de alguien. Si había algún crimen aislado en nuestras comunidades, eso era comentario de meses y años; los medios noticiosos de la radio y los periódicos comentaban la extraña noticia cotidianamente por largos períodos. La fé de nuestra religión era un freno muy importante para no tener una conducta desenfadada, llena de vicios y maldades.

Alcohólicos siempre han habido pues la ciencia de esas épocas no consideraba que ese hábito se degenera en una verdadera enfermedad, y nuestro pueblo los catalogaba unos vagos y mal vivientes. Hoy día no solo se ingiere licor, sino que se combina con drogas, que no solo enferman la mente de la juventud sino que los convierten en asesinos de atrocidades y la gente no tiene fé en Dios. La televisión enferma los cerebros y se nos viene el recuerdo de la Santa Biblia, del episodio de Sodoma y Gomorra y probablemente al existir tanta adicción y desprecio a la vida humana, un Juicio Final no está lejos en llegar.

No dejamos de recordar a nuestros abuelos con ese amor que se anidaba en sus corazones y que tenían un modo de hablar muy “sui generis” y que todavía suenan en nuestras almas: “niño traéme el carriel a ver si tengo dos reales para comprar unas acemitas. No se le olvide el “Timbre de la Feria” para ver si nos ganamos un juego de vasos de los grandes. Si puede traigame una lata de canfín para esas lámparas que están casi vacías. Qué temeridad ¡como caen tantos rayos!, se hincaban a rezar: Dios, José, la Virgen María y el Espíritu Santo, que Dios nos ampare!”

“No quiere una migajita de tinta de café y le agregaban, trabaja muy bien para tener la mente espabilada y hacer las tareas de la “niña Pochita” con lucidez.” Era maravilloso el asunto de nosotros los costarricenses como nos tratábamos de USTED, eso significaba un respeto de los padres a los hijos y de los muchachos a las personas mayores.



Los pocos autos se combinaban con carretas.

Hoy día, nos sentimos incómodos que cualquier hijo de vecina, sin siquiera conocerlo, le diga a uno: muchacho, mirá! te cuido el carro, mirá! te cobro baratico!, tomá este tiquetico, a mil colones la hora, vos sabés! esta dura la vida. Y uno le pregunta: cuántos carros estás cuidando? Todas estas doscientas varas, yo tengo un ojo mágico! que no se me pasa nada!. Finalmente uno se ve obligado a aceptar ese vejámen, sino encuentra el carro dañado por el supuesto cuida-carros. Ya sabemos que estamos en manos del hampa y nos invade el temor de estos amenazadores.

Vivimos entre rejas y al menor descuido nos dejan hasta sin el vestido que vamos a usar mañana. Afortunadamente no estábamos en la casa, cuando nos limpiaron de todo, que si eso hubiera sido diferente, violan a mujeres, a hombres, niños y hasta al gato de la casa. Luego, para no dejar testigos, matan a todos sus moradores. Los diputados actuales no quieren que los ciudadanos porten armas para defenderse y los criminales no solo no las tienen



Damas josefinas.

inscritas pues son fruto de la clandestinidad, sino que manejan: pistolas automáticas y toda clase de ametralladoras que disparan docenas de proyectiles por minuto.

Tampoco es cierto, que en aquellos dichosos tiempos, uno podía dejar la puerta abierta y no pasaba nada!. Siempre habían rateros que aprovechaban la menor oportunidad para despojar a las familias de

sus pertenencias pero teníamos una oficina de “detectives”, (como los mal llamábamos) que al poner el interesado la denuncia, actuaban con diligencia. No como en los tiempos en que vivimos que tenemos un sofisticado Organismo de Investigación Judicial (OIJ). Qué si no tenemos un robo agravado (eso quiere decir que si al robar no matan a nadie), simplemente archivan el caso y uno pierde su valioso tiempo deseando que hagan algo y todo queda en el anonimato y la impunidad. La oficina de detectives, permitía que se contrataran investigadores (desde luego pagados por el interesado) y ese interesado llegaba al logro de encontrar a los culpables y de hacer la verdadera justicia. Eran pocos los rateros en C.R. Aunque había bastante gente pobre y austera, la enorme mayoría éramos gente honesta, solo habían unos pocos mañosos pero nunca asesinos.

Costa Rica pasó de 500.000 habitantes a casi 5.000.000 en menos de 70 años. La migración muy importante de habitantes vecinos, principalmente del hermano país de Nicaragua, pero además de ellos, de muchos otros países en conflicto, de tiranías, guerrillas y de mafiosos de otras latitudes que nos han invadido. Casi siempre, no viene la mejor gente a poblar esta pequeña Nación, sino que la cifra de individuos “non gratos” ha dominado esta gran masa.

Nuestro pueblo se mofaba de ser gente blanca muy española o simplemente europea en general, hoy día domina el mestizaje con un físico poco agradable. La raza bonita de antes ha sido sustituida, también han sido cambiadas las costumbres, el modo de vestir, el modo de comportarnos con urbanidad. En síntesis, dejámos de ser aquella aldea divina, quizás primitiva pero de mucha honradez y principios básicos de gente fina y digna de imitar por una estructura de buenos principios.



Colegiales de buenas facciones.

Recordando nuestro ambiente pueblerino. Sábados, domingos y días feriados, después de misa, tocaba en el kiosco del Parque central la Banda de San José (música de orquesta muy agradable) y durante, al menos dos horas, toda la juventud costarricense disfrutaba de un paseo sonriente, alrededor el cuadrilátero de una manzana de palmeras y árboles

frondosos. Los muchachos de un lado y las damitas del otro. Niñas bonitas con trajes relucientes, y en el lado opuesto, los jóvenes, machos sonrientes, flirteando con las jóvenes, bien vestidos, con piropos amenos y nunca pasados de tono. Era todo un acontecimiento recreativo y de sabor a la tica. Esta misma actividad se repetía en la Avenida Central. Los josefinos nos sentíamos orgullosos de ese convivio tan edificante y que llenaba los corazones de la juventud.

De pronto todo cambió, cambiaron las costumbres de caballería, llegaron los “pachucos” faltos de respeto y de frases hirientes, el confeti que se lanzaba los púberes entusiastas, ya era cambiando con polvo de las aceras. El ambiente ameno y regocijante se perdió y con razón desapareció ese ambiente de camarería.



Un parque pueblerino.

No todas las clases sociales podían darse el placer de visitar el Club Unión, sitio en donde confluía nuestra clase social alta. Que era un salón de ventanas abiertas por preciosos balcones. Con un edificio de una arquitectura a la antigua, muy agradable y donde tocaban las mejores orquestas de nuestra linda tierra. Se decía: ahí se reunía la crema innata de nuestra sociedad y existían restaurantes con la mejor comida internacional tipo “gourmet”. Un incendio acabó con tal reliquia arquitectónica y también con el tipo de gente que frecuentaba ese enaltecedor ambiente.



Banda de San José.

Es cierto que la droga nos llegó de la universalización. Ahora, esta plaga hunde al mundo entero pero los estadistas deberían agenciárselas para construir verdaderos centros de desintoxicación, rehabilitar esta gente con labor-terapia, estas personas mientras se desintoxican podrían estar produciendo para ellos, sus familias y hasta para el Estado. No

hacerlos dependientes de un pueblo pobre con bajos recursos, sino que al irse rehabilitando trabajen la tierra o tengan talleres para que al laborar, mantengan sus mentes ocupadas y a su vez hagan terapia mental. Triste es ver a esos hombres y mujeres pudriéndose en las aceras.

En los tiempos de inicio del siglo XX cuando la policía encontraba a alguien morando

en las calles o las gradas de una casa o edificio, llamaban a la “Julia” (término que se usaba para las ambulancias de presos) e iban a parar a un reclusorio transitorio. Hoy día so pretexto que no tienen donde alojarlos, dejan estos enfermos adictos, a que las inclemencia de la intemperie que les produzca una pulmonía y acabe con ellos. Eso sí se llama acabar con los derechos humanos!.



Los campesinos a veces sin calzado pero no en camiseta.

Cierto que las drogas y la codicia han envenenado al mundo entero, la gente ha abandonado la fe religiosa y el temor a Dios. Se mata al prójimo y no queda cargo de conciencia. Se producen enormes robos y los culpables ni siquiera son conscientes de que ensuciaron su reputación e involucran, en esas delincuencias, la reputación de toda su familia. Por qué no construyen más cárceles y en lugar de tenerlos en jaulas, en promiscuidad,

con falta de higiene, durmiendo unos encima de otros, como sardinas. Abrir campos de agricultura para que mantengan a sus familias y no sean una carga del gobierno. Trabajen haciendo caminos, cultiven la tierra y no se pasen pintándose sus cuerpos con tatuajes y fabricando toda clase de ocio. Todo esto que comento, no es nada nuevo, no estamos inventado el agua tibia, lo que falta no es dinero, sino diligencia y empuje estatal.

Cierto que nuestro campesino vivía muy austero, sus viviendas eran muy primitivas, algunas eran verdaderos ranchos, muchos de piso de tierra. En 1915 el Instituto Rockefeller mandó al Dr. Mark Shipiro que junto con el Dr. Solón Núñez Frutos comenzaron la lucha contra la parasitosis llamada anquilostomiasis. La mayor parte del campesino no usaba calzado. Los parásitos entraban por sus entrededos podálicos. Defecaban en la tierra húmeda, como es nuestro ambiente tropical. Estos jornaleros morían a temprana edad, nosotros los médicos los recibíamos en el “Hospital de los Pobres” como hemos llamado al único Hospital del clase A que existía, el Hospital San Juan de Dios y luchábamos en forma denodada en esos difíciles tiempos. Llegaban los pacientes pálidos, casi transparentes, sin fuerzas para caminar ni vivir. Con hemoglobinas de entre 5 y 8, hematocritos entre 10 y 12. Ocupaban numerosas camas de la Institución y a veces no alcanzaban a recibir los tratamientos específicos porque la enfermedad tromboembólica los mataba antes...

La comida del jornalero era nutritiva: arroz y frijoles, torta de huevo, su media tapa de dulce y una botella entera de café negro. Carne para su “olla de carne y verduras”, solo una

vez a la semana, cuando iban a comprar su diario al pueblo más cercano donde había carnicería. También tenían cría de pollos y gallinas para su alimentación. A las seis en punto comenzaba sus labores de campo. A las doce terminaba la extenuante jornada pues el trabajo manual de pala y machete, era y sigue siendo muy desgastante. Hoy está mucho más mecanizada la agricultura, no obstante nuestro territorio nacional es muy quebrado y en muchos lugares solo la obra manual es la que priva. Los salarios eran muy poco acordes con la labor de labranza que es tan dura y sofocante.

Nuestra querida gente labriega cuando hacía más dinero y ahorraba para sus pequeños lujos, de comprar la vestimenta del año, algunas cosas personales u objetos obligados, era cuando venía la recolección de café. Desde largas distancias venían a pie a coger café (como decía el pueblo). Ellos colectaban el fruto rojo de las matas verdes “mantecadas”. Así las llamábamos pues el brillo de sus hojas daba la sensación de que habían sido pulidas con alguna sustancia aceitosa. Se medía por cajuelas la cantidad de

fruto colectado. La mayoría eran mujeres, pero incluso hombres y hasta niños hacían de la actividad una fiesta. Conversaban y algunas o algunos hasta cantaban. hacían concursos a ver quién colectaba la mayor cantidad de cajuelas.

Era precioso mirar a esas hermosas muchachas con sus niñas pequeñas afanosas en la colecta. Pequeñitas de 4 y 5 años recogían los granos que escapaban y sobre la tierra negra de esos cafetales, recogían grano tras grano en un tarro de pintura o algo similar; pues las mamás las entusiasmaban con el dinero que iban adquiriendo con cada media. Los y las adultas usaban un canasto asido a la cintura con una especie de cinta de tela. Almacenaban sus canastadas en un saco de gangoche, de los verdaderos de entonces y a las 5 de la tarde, el medidor llegaba con una carreta tirada por bueyes y sobrecajón, para que cupiera toda la recolección del día. Con una cajuela cúbica de madera se medía el fruto y por cada medida se otorgaba una ficha al colector; que al día sábado se convertía en dinero efectivo. Había gente muy habilidosa que portaba muchas fichas por día y que al final de la semana adquiría una buena fortuna.



Nuestras lindas campesinas.



Nuestros lecheros.

En esas fiestas de recolección del grano, al haber lugares solitarios en los cafetales, muchos colectores aprovechaban el momento y surgían amores de temporada con las consecuencias de embarazos no deseados. Uno o dos meses después nos llegaban a emergencias del Hospital jóvenes femeninas con hemorragias uterinas pues según esas campesinas, se habían caído al salir de un autobús y al estar preñadas perdían el producto de la concepción. No eran más que abortos incompletos pues las “comadronas” clandestinamente las hacían abortar y llegaban con los restos placentarios y con hemorragia. Recordamos en nuestro internado hospitalario, cuando cotidianamente nos tocaba hacer de seis a ocho legrados digitales diariamente pues tenían gran dilatación del cuello uterino. Si se llegaba a saber que ellas habían ido a provocarse el aborto, se veían en grandes apuros ante nuestra legislación que prohíbe el aborto.

La interrupción de la gestación sólo se permite cuando el alumbramiento va a traer la muerte de la madre enferma,

cuando se sabe que el feto es tan deforme que parece un monstruo o cuando el producto que va a nacer es consecuencia de una violación a una mujer honesta.

Las carretas de Costa Rica han sido muy afamadas por su confección y la forma pintoresca de su presentación. Campesinos, verdaderos artistas de la pintura, las decoran tan armónica y artísticamente, que se convierten en una verdadera joya de arte. Tanto las ruedas, como el cajón, los paraleles y el yugo, llevan un trato pictórico que agrada a todo aquel que la



Nuestras carretas, orgullo nacional.

mira. Escogen bueyes que forman una pareja muy armoniosa, no solamente en su físico de fuertes animales sino que en las pintas de la piel y su color total del cuerpo de estos bueyes que parecieran clonados.

Lo importante de este relato de nuestros cafetales es que esos colectores se llenaban de regocijo y distracción, les proporcionaba una buena ganancia y les daba dinero con más facilidad que el duro jornal, que de por sí, es trabajo más fastidioso y desgastante.



La colecta de café.

Al principio del siglo XX fueron héroes de la transformación social, monseñor Bernardo Augusto Thiel, el presbítero Jorge Volio, y luego en los años cuarenta del mismo siglo, Lic. Manuel Mora Valverde, Dr. Rafael Ángel Calderón Guardia y Monseñor Sanabria Martínez en su segunda etapa consolidadora, se inspiraron en los preceptos sociales de Pío II en 1881 y León XIII en 1891, delinearon su patrón salarial y de jornada de trabajo, para que los trabajadores de esta patria, Costa Rica, tuvieran mayor holganza económica y justa vida, digna de vivirse, para el asalariado.

A partir de 1960 nuestro hombre de campo se comenzó a calzar con zapatos, la letrización había abarcado gran extensión del país, aparecieron las vacunas que faltaban contra la poliomielitis, rubeola, etc, ya todas las otras propias de la niñez existían. La hidratación por vía oral y parenteral hizo que los niños no murieran de gastroenteritis y la diversidad de antibióticos, paró la mayoría de las muertes por bronconeumonías infantiles. El Ministerio de Salud y la C.C.S.S. abarcaron gran parte de los pueblos de la región costarricense.

En la actualidad tenemos los niveles de Mortalidad Infantil que son de las mejores de todos los países del mundo entero, la longevidad de los adultos mayores, es frecuente, para arriba de los ochenta años, los servicios de la Caja Costarricense del Seguro Social llegan hasta los rincones más recónditos de nuestro territorio. En cambio las muertes violentas, son noticia de todos los días, ya sea por lo motorizados que nos hemos vuelto o por homicidios (ajustes de cuentas los traficantes de droga) o suicidios, la prensa llena páginas enteras cotidianamente. Los sicarios son dueños de las calles y no dejan huellas para que no los arresten las autoridades. El Ministerio de Seguridad y el Poder Judicial se han declarado incompetentes ante esta tragedia humana.

Ya hay que pensarlo mucho para salir a las calles, las balaceras no sólo matan de numerosos balazos a la gente que quieren eliminar sino que a numerosos inocentes que simplemente estaban ubicados a sus alrededores, cuando hacen esa lluvia de balas. También la gente tica que se supone que no son delincuentes, se ha vuelto muy agresiva, por el menor disgusto, se salen de los automóviles a retar a patadas, puñaladas o balazos al otro conductor y por el simple hecho de haberle tocado el clácson.

Ya no somos el ciudadano tranquilo que más bien pedía excusas por si él había cometido el error de un mal entendido. Falta de caballerosidad y de amor al prójimo. Se acabó la fineza y el respeto hacia el ciudadano. Buscan las Iglesias y Capillas, que siempre han sido desprotegidas, para robarse sus objetos valiosos y hasta para cometer el sacrilegio de robarse, lo que son los objetos de oro o las incrustaciones de piedras preciosas y así mismo romper a garrotazos las imágenes de los santos bendecidos por Dios.

Qué primaveral era andar por las polvorientas calles de San José y caminar uno o dos kilómetros para cualquier gestión o mandado y saber que no le ponían un cuchillo en el pecho para robarle el reloj o los cuatro reales que llevaba en el bolsillo. Cómo éramos austeros, tal vez no queríamos gastar en el tranvía que valía 15 centavos o en la cazadora que costaba algo parecido. En el tranvía nos encontrábamos a “María Aguacates” (personaje con problemas mentales) que por los 15 centavos se quedaba 3 a 4 horas, viajando por el Paseo de los Estudiantes, en el vehículo sobre rieles, desde luego, de la pulpería el Tesoro (en plaza González Víquez) hasta la Soda Chelles (en la Avenida Central). Éra un “show” maravilloso.

Todavía las casas no tenían garage ni cochera y los señores dejaban el automóvil al frente de la puerta de su casa. Jamás a alguien se le ocurría robarse un auto o hacerle daño a alguno. De 1920 a 1930 había pocos autos en San José y eran sumamente costosos de acuerdo con las entradas de un 90% de los ciudadanos. Por las mañanas, para poder arrancar el vehículo había que usar una



El automóvil quedaba frente a la casa.

herramienta que parecía una llave de tuercas y que le denominaban cigüeña. Se introducía por debajo del radiador y con fuerza se giraba. Cuando el tiempo estaba muy frío salía el operador sudando por los múltiples esfuerzos que tenía que hacer para arrancar el auto. Con frecuencia el mismo motor devolvía el giro de la herramienta al lado inverso y le

quebraba el brazo al actor.

La esquina de la Soda la Nave era un lugar de encuentro para tomarse un batido o un café con un arreglado (en esa esquina fue donde inventaron los famosos arreglados de todo Costa Rica). El arreglado era un simple pastelito pequeño, con una laminilla de carne y una gota de mostaza liviana, de la francesa. El lugar se llenaba de clientes pues estos pastelillos arreglados eran sumamente sabrosos. Los arreglados modernos son monstruosos por lo gigantescos y condimentados, les ponen arrobas de mostaza e igualmente de salsa de tomate y también de la famosa salsa Lizano, además una rodaja grande de cebolla cruda. La gente no le alcanza abrir las fauces al máximo para abarcar esa inmensidad, tienen que pedir como 10 servilletas de papel, pues todos esos ingredientes les chorrean como cataratas por en medio de los dedos de las manos. Es por eso que el 95% de los costarricenses andan con problemas digestivos. Las ventas de esas hamburguesas “a la tica” se ha popularizado por todo el país y los mercaderes que venden este potaje, inventores de esos sandwiches gigantes, hasta en la tele del canal 7 lo promocionan, como los más sofisticados alimentos. Les ponen numerosas capas o pisos, a veces en número de 3 a 5 y es un verdadero revoltijo. Cada ventero le aumenta más ingredientes con tal de descubrir “la nueva pólvora” desde los ricos chicharrones, hasta carne de búfalo, si es posible! Es una monstruosidad del brillante invento, lo que la gente no se da cuenta que esa barbarie de especias y de grasas saturadas, les proporciona unos dolores de barriga y que al repetir esos desafueros alimenticios, terminan con una gastritis crónica donde el médico.



Nuestros parques.

Recordábamos en las afueras de la Soda Nave, que quedaba junto al Mercadito de Plaza Víquez, “Hernán el loco o Hernán el Miaoo”, era un hombre como de 35 años “anormalito”, con pies descalzos, con pantalones “pica pollos” que los niños grandes, que de por si somos crueles, le colmábamos de bromas pesadas y hasta se le insultaba con dureza. Él con su anormalidad, probablemente congénita, se pasaba constantemente la mano por la cara y la calva, con ofuscación. Después de tanto insulto, risas sardónicas, arrancaba con furia, persiguiendo a los hirientes muchachos y gritándoles blasfemias. No les hacía daño pero se enojaba mucho y los jóvenes malandrines corrían muertos de risa.

El paseo de los estudiantes era un lugar de muchas amenidades a lo aldeano de nuestra forma de ser; vivían muchas familias buenas y era un lugar de paso, generalmente de a pie, de gente que venía desde los barrios del sur, también San Ignacio de Acosta, Vuelta de Jorco, Aserri, Desamparados, etc. Este Paseo fue de las primeras calles que se pavimentaron en todo San José. En 1936 aparecieron las profundas zanjas y las montañas de tierra arcillosa que se sacaba para colocar los tubos de la red de cloacas. Como la casa del que relata, quedaba a 100 metros del Liceo de Costa Rica tuve la experiencia de conocer toda la metamorfosis de esta área de San José. A las 11 de la mañana salían los leceístas por esa calle, parecía un desfile y haciendo el escándalo de la juventud adolescente, de ahí el nombre que adquirió “Paseo de los estudiantes”. Los desfiles de las Fiestas Cívicas que venían desde la estatua del Lic. León Cortés hasta la Plaza del Lic. Cleto González Víquez, eran un acontecimiento apoteósico. Si algo invadía al tico era su ánimo de alegoría con esos eventos de fin de año.

El lindo Paseo de los Estudiantes cayó en desgracia cuando entre 1955 y 1960 la gente que moraba en las vecindades, comenzó a migrar a los pueblos circunvecinos del casco central desde la antigua ciudad y docenas de colegios de segunda enseñanza se abrieron en las periferias. Ya no era el único paseo de los estudiantes. Mayor desgracia le cayó a esa calle cuando un presidente municipal se le ocurrió establecer en ese territorio una calle cerrada desde la Avenida Segunda, al norte, hasta el sur, la Plaza González Víquez, con el nombre del paseo “Barrio Chino”. No observamos que la colonia de chinitos que tenemos en Costa Rica hayan querido trasladar sus negocios a tal lugar, ni los restaurantes de esa comida china que tanto saboreamos los ticos, se han concentrado en esa calle. Han pasado casi 10 años de esta barbarie. Hasta el momento solo ruina observamos en ese paseo, que muy poquísimas personas visitan por turismo o por amenidades que atraiga a la muchedumbre.

Todo el casco central de San José está colapsado y congestionado de automóviles. Como si fuera una ciudad grande, emulando a Buenos Aires, Argentina, han convertido a nuestra pequeña urbe en cuatro o cinco calles de paseos peatonales y transitar en automóvil por San José, se ha vuelto una hazaña de enorme sacrificio, hay bloqueos de norte a sur y de este a oeste. Si sumamos a eso, que la población de automotores y de motocicletas, que ha tomado los alcances más grandes de las ciudades del mundo, los autobuses, taxistas y hasta camiones de carga han invadido el centro de nuestra pequeña ciudad. En esas circunstancias es este munícipe ha cometido la torpeza de clausurar más de 5 vías que pertenecían al libre tránsito de la gente motorizada; sale mejor caminar por las aceras que llevarse dos horas para avanzar diez cuadras.

Nuestros pequeños parques y plazas de recreo han sido invadidas por los malhechores, agradable era llegar a sentarse en nuestro parque central y recibir el regocijo de los vientos alisios, moderado junto a unas enormes palmeras imponentes, con la seguridad que le proporcionaba el policía de la esquina, que más que autoridad imprimía servicio y disposición. Los únicos escandalosos por su edad pueril eran los limpiabotas, que con su cajón particular en la mano, recorrían los límites del cuadrilátero espacial y con su inquietud de entrar a la galería del Teatro Raventos o del Teatro Palace. Por 15 centavos

disfrutaban de ver las películas de vaqueros con el robo de la diligencia. Eran muchachitos maleducados de vecindades pobres que se ganaban el sustento lustrando calzado, descalcitos, dotados de un léxico poco edificante pero respetuosos de la gente mayor. Caballeros de cierto prestigio por sus buenos hábitos correctos, con frecuencia acudían a descansar en los “pollos” (como los denominábamos a las bancas). Estos señores mayores, bien trajeados con su buen chaleco, bastón ornamental, su sombrero Borsalino, su reloj de leontina, etc., se relajaban con aquel ambiente de amenidad y pacibidad. Su distracción era ver pasar a los amigos, al tiempo que aprovechaban para lustrarse el calzado, pues los “chiquillos” del oficio, los dejaban impecables y hasta los hacían chillar con sus lienzos titubiantes. El betún era importado de Inglaterra y de marca “Nuguet”, no se estilaba ninguna otra grasa o betún.



Procesiones en andas.

Este San José apacible de fines del siglo XIX y los primeros 50 años del siglo XX, en que el catolicismo era férreo y parte de nuestras costumbres, muy conservadoras por cierto, tenían procesiones muy apoteósicas. Principalmente en la Semana Santa, la Iglesia Catedral programaba esas actividades que eran majestuosas: por la concurrencia tan grande de sus habitantes, por su entusiasmo y su colorido, que la gente les imponía. Las principales calles

del centro urbano de la Ciudad quedaban totalmente bloqueadas por esa muchedumbre que disfrutaba ampliamente con fervor religioso. En las docenas de pueblos nuestros era algo parecido, este accionar. El Jueves y Viernes Santos los parroquianos no permitían el transitar de los vehículos y en los casos de emergencias cuando alguien se veía presionado a usar su auto, le lanzaban piedras, ponían enormes troncos atravesados en las calles y les gritaban blasfemias, que no respetan la muerte y resurrección de Jesucristo.

En nuestros días ya la gente espera esos días feriados para partir a los lugares de recreo, tomar abundante licor, a veces drogas y abusar de los placeres mundanos. Todo esto acompañado de muchos homicidios, accidentes fatales y muy a menudo se les olvida, aunque sea una vez, pudieran visitar la casa de Dios. En decir, un contraste de 180 grados comparado con esos, nuestros días pueblerinos.

Mi padre que no era muy creyente y siempre huía de la reunión de masas bulliciosas

y eventos concentrados de mucho público, partía a disfrutar de la montaña, o se dirigía expresamente a la selva, lugares donde solo el trinar de los pájaros se escuchaba, el ruido de las ramas que maltratadas por los vientos, los raudales aguaceros, el sol incandescente, el espléndido verdor de nuestras praderas y el convivir armonioso con la naturaleza vírgen. Extenuantes caminatas a caballo, de muchas horas era su placer y en los pueblitos remotos codiarse estrechamente con nuestra gente olvidada de los campos. Esas personas llanas con su conversación muy propia, le alimentaban el espíritu por su sencillez y sinceridad.

El atuendo para las cabalgatas a caballo era digno de mencionar: camisa “kaki”, pantalón “bridge” (prenda inglesa que era la moda europea para cabalgar con comodidad), polainas de cuero, zapatos media bota, que fabricaba con todo el confort la Zapatería Araujo, famosa por una confección inigualable, con “aceites de pata” para permeabilizar el material expuesto a la mucha humedad, un sombrero alón de cuatro depresiones. Un pañuelo rojo grande atado al cuello para recoger la sudoración y cinturón ancho de cuero. La faja de tiros en la cintura con su buena cartuchera, también de baqueta.

Su debilidad era la cacería del venado. Costa Rica era tan selvático y cientos de especies animales cubrían todo este territorio tropical. No había miseria de reproducción abundante. Nunca se habló de extinción, menos de vedas, pues la abundancia imperaba.

Se tenía inscrito un Club de Cazadores y grupos de gente correcta eran entusiastas miembros de este clan. Se tenían varias armas fuego; escopetas “Scrup” de las mejores de Europa, Mauser bala U para afinar el pulso. Uno de bala raza con cañón corto Winchester, necesario para alcanzar largas distancias. Su buena pistola Smith & Wesson, etc.

Se pasaba por la blanca placita de la Ciudad de Liberia, nosotros los cazadores (por que yo de cumiche siempre lo acompañaba) cargados de todo ese cargamento, se sabía que no era con intenciones bastardas, pues no se estilaba atentar contra el prójimo. Las autoridades civiles más bien, admiraban el deporte de la caza y sabían que la gente que portaba esos utensilios peligrosos, lo hacían con responsabilidad y eran personas de reconocido respeto en nuestra sociedad.

Esperábamos las bestias aperadas, pues nos venía una cabalgata de cuatro horas a caballo para acceder a la casa rancho de la Hacienda del Pelón de la Bajura, mientras hacíamos la espera contábamos con la bienvenida de las familias Baltodano Briceño y en una soda esquinera saboreábamos refrescos de jugo de marañón, que eran nuestro deleite. Con el sol abrasador guanacasteco, sentíamos que nos fundíamos y nos derretíamos en sudor por las altas temperaturas, pero a su vez, nos atraía una pasividad grata y contagiosa en el fondo de nuestros interiores.

Allá, cada 3 a 6 meses se mataba un venado, un saíno, unas pavas o pavones y varios peces guapotes. Era una gran fiesta al paladar entre los cazadores cuando se obtenían estos elementos de caza. Se colgaba el animal, se evisceraba y se le quitaba la piel de cuero. Luego se procedía a repartir los lomititos, un cuarto o lo que alcanzara para los cuatro y cinco miembros del grupo. Como no existían neveras portátiles, a menudo se conservaba la carnes salándola

y se secaba al sol. ¡No pueden imaginarse con el entusiasmo que se comía ese manjar! fruto de estos actos heroicos de la montaña.

Una “olla de carne al baho” con carne de venado era lo máspreciado que un cazador podía tener. Los tasajos se ponían la noche anterior en agua para ablandarse y que perdieran la sal. En



Vendedores ambulantes y sus puestos de comidas caseras.

el fondo de una olla grande se hacía un empalizado, de tal modo que la pulgada o pulgada y media de agua que quedaba en el fondo, hirviera sin empapar el contenido superior. Los tasajos de carne sin necesidad de adobar, la yuca y el plátano maduro, se envolvían cada cual por aparte en hojas de plátano, como se usan para hacer tortillas. El espacio de la gran olla, se llenaba con compartimientos separados según su contenido que hemos aludido pero toda esa masa de apetencias recibía por un par de horas el vapor caliente que daba la cocción del potaje en conjunto. Tanto la carne como las verduras toman un color rojo muy atractivo y el delicioso sabor, se hacía aún más atractivo al paladar del degustante.

Podríamos seguir muchos capítulos más recordando esos deleites que proporcionaba el deporte sano y no destructivo de esos cazadores de antaño, pero llegó el momento que se desacredito el deporte. Los conservacionistas lo satanizaron y con algunas razones de peso. Falsos cazadores invadieron los campos y hasta en bicicletas se metían a los campos, haciendo unas matanzas exterminadoras de las especies. Los deforestadores han atentado con su “hábitat”, los riachuelos se secan en la estación de sequía y muchos de los frutos y granos se han hecho inaccesibles para su alimentación. Las vedas no son respetadas por esos clandestinos y al haber asuntos como la descomposición de lacras, como las de las drogas y mucha delincuencia se acabó por completo nuestro bienestar emocional concerniente al fino deporte.

Las misas de cada domingo eran muy edificantes, la gente vestía su mejor vestimenta, el sacerdote desde el púlpito lucía con aires de santidad y sus palabras eran muy elocuentes y constructivas. Como se practicaba las misas en el idioma latín, contagiaban al público de ambiente celestial y con esa música de esos enormes órganos colocados en un mesanine posterior, el ambiente se inundaba de un sabor angelical que atraía a todos los presentes.

En los días presentes no nos sentimos bien dentro de la iglesia, los curas con equipos de sonido tan estrepitosos, que cuando pronuncian la palabra de Dios nos rompen los tímpanos. Ese ambiente de altas voces tan disonantes hacen que el asistente a misa no sienta armonía en la estancia pacífica que debe reinar en la oración. Los temas que escogen los

padres para sus discursos no son bien preparados y adaptados al tipo de audiencia y más bien suenan a una burda regañada, con palabras poco acordes a sus feligreses. La música varía, pero generalmente parece una fiesta de bailongo que una música eclesiástica de alto nivel. Los cantos han sido programados para cada religión, algunos clásicos muy reverentes pero deberían ser dirigidos en forma armoniosa por esos líderes talentosos de coros y orientadores musicales para que esas voces desentonadas no ofendan tan severamente la estancia feliz del asistente.

Esas fiestas que hacía las numerosas iglesias de nuestros pueblos para recaudar fondos y que llamaban los TURNOS eran famosos por las viandas que ofrecían, comidas típicas de nuestro folklor y que han sido el deleite de nuestro paladar; sopa de mondongo con jarrete acompañada de arroz achotado, sopa de pozol que es un plato muy completo, además del maíz reventado lleva la piel que cubre el rostro del cerdo (pedacitos de trompa, de orejas y de cachetes), la sopa toma un sabor muy particular y es uno de nuestros manjares campesinos. Frito, es una sopa de asadura de cerdo (las vísceras: corazón, pulmones, bazo e hígado) dan un caldo muy gustoso. Se les acompaña de guineos negros verdes, simplemente cocidos al agua hirviendo. Los parroquianos hacían rifas de gallinas enjarradas. Gallina cocida y achotada rellena con huevos duros en su interior. Churros madrileños azucarados, etc. También habían carretas de caballos con premios. Ganaban dinero atrapando al chanco encebado, el pretendiente de subir un palo engrasado y muchas otras costumbres nuestras.

Y ahora no se llaman turnos sino que les pusieron “ferias” las apetencias son distintas: un plato de arroz chino cantonés o un chop suey con salsa de ostiones, una hamburguesa a la tica con ensalada de repollo, pupusas salvadoreñas, salchichón frito en tortilla, carne muy condimentada asada en tortilla y todo un conjunto de las comidas exóticas, acompañado de mucha cerveza y una música en enormes parlantes, que con su alta frecuencia, dejan sordos a los asistentes. El ambiente polvoriento irrita los ojos y los borrachitos esparcen su mal olor, pues no buscan los orinales y hacen sus gracias en cualquier rincón. Desde luego, no faltan los juegos eléctricos y el bullicio propio de los equipos de sonido, en los improvisados espacios de saloncitos atractivos para esparcimiento.



Carroza fúnebre.

Los funerales de antaño eran muy señoriales. Una hermosa carroza que originalmente fue importada de Europa con cristales a los lados que traslucían el féretro. La carroza artísticamente diseñada por manos de artesanos brillantes, elementos del arte alegórico más exquisito. Las coronas, almohadones, cruces y

toda artesanía floral que se acostumbraba, se colocaba sobre el techo de la carroza. Ésta tirada por dos caballos percherones trajeados para la ocasión y uno o dos cocheros con sus uniformes relucientes y chistera. Las docenas de amigos y deudos caminaban a pie desde la iglesia, donde se practicaba la misa sepulcral hasta el cementerio. Diez y hasta quince cuadras la gente iba recordando las bondades y aciertos del difunto. No importaba si llovía o hacía mucho sol, la gente con paciencia franciscana sentía que era su deber acompañar al ser querido hasta la tumba. El vestuario de los acompañantes de luto estricto. Vestido negro completo del hombre y de la mujer también, de falda negra, blusa blanca, zapatos, medias negras y sombrero igualmente de ese color. La gente tranquila del desfile, con la armonía de respeto y serenidad que contrasta con la actitud actual, de charlas con risas y chistes que no vienen al caso en momento de dolor y recogimiento.

Nuestras melodías de los bailes también se han transformado, a los costarricenses nos encantaba bailar los boleros de Agustín Lara, de Pedro Vargas, de Valadés, Virginia López y de ese ciento de mejicanos famosos. Abrazar sanamente una damita para danzar era un regocijo que le llegaba al corazón al cortejeante. También nos gustaba la música movida como el charletón, la conga, las cumbias, el mambo, la salsa, tuist y todo eso que tuviera buenos pasos y ritmo armonioso. No se abandonaba las fiestas por muchas horas pues esas tomadas y lindas orquestas nos contagiaban de entusiasmo. Se vivía la música y el convivio, talves, con unos tragos por demás pero nunca con drogas o combinaciones de psicotrópicos que sacan a los humanos de sus casillas y los hacen actuar como anormales o delincuentes.

La música moderna de los bailes es estridente, repetitiva y sin melodía. Solo se oyen golpes, se imagina el que escucha, alguien que un bate de beisbol esté azotando una pared resonante. El bailarino no tiene pasos, únicamente hace contorsiones en un mismo sitio del piso y con esos movimientos bruscos y desorganizados hace muecas y risas sardónicas. Hace que se tira al suelo y con violencia para tomar otra pase rara. A veces siente uno que están poseídos por una enfermedad de epilepsia pero no hay tal. Cuando la muchedumbre es numerosa uno no se anima a pasar entre los bailarines pues esos estiramientos bruscos si lo alcanzan sale uno como si lo hubieran metido en una máquina moledora. Al poner esas luces de colores, cuyos rayos penetrantes que se entrelazan, un globo en el centro del cielorraso lleno de destellos, las mentes de los jóvenes se encuentran en un marasmo y se convierten en el vértigo soporoso.

El vivir en forma constructiva y ejemplarizante de nuestra sociedad se transformó por completo. Si bien las muchachas vírgenes pasaron de moda al cambiar los principios eclesiásticos de la población. En realidad la membrana himeneal no es lo que importa, sino que las niñas al tener sexo temprano cambian su forma de pensar en cuanto a su vida sexual futura y se alejan mayormente del matrimonio. Dejan de pensar en un futuro núcleo familiar para su madurez. El hombre desea sentar cabeza alguna vez y las damas ya pocas conciben esa unión sacerdotal o de abogado. El sexo temprano disuelve el mito de una convivencia estable, heredada por cientos de generaciones y que al crecer, educarse, llegar a ordenarse, no solo con el sexo, también con el bien vivir respetable y armonioso, que cobije los hijos y que con orgullo ellos puedan seguir modales y consideraciones preestablecidas por el ser humano desde 3000 años antes de Jesucristo.

Todas las religiones y preceptos conservadores de familia nos los han legado las generaciones anteriores. Por qué de pronto nos hemos convertido como animales, que el instinto sexual es el que nos gobierna su proceder y conducta, en que los hijos no saben quién es el padre y que la madre no solo tiene que parirlos, dividirse en fracciones y convertirse en un ser sacrificado, condenado, con una miserable vida para mantener muchas bocas y con ese vil sufrimiento, criar, curar, maleducar criaturas en ambientes deprimentes y faltos de humanidad. Creo que nos estamos malentendiendo en esa forma de actuar. Los filósofos y humanistas tendrán que intervenir para que no caigamos en el precipicio de la descomposición social total.

Los limpios ríos que eran orgullo y placer de nuestra querida tierra, muy cercanos al centro de San José nos regalaban la pureza de sus aguas. Los muchachos, niños y adolescentes nos escapábamos a aprender a nadar en esas pozas sin el peligro de adquirir enfermedades pero si con el peligro de ahogarnos pues lo hacíamos sin el permiso de nuestros padres. Raíces y torbellinos que de mala suerte nos atrapaban con la asfixia por sumersión como consecuencia. Con frecuencia se hacían paseos familiares alguno de ellos, como el Río Virilla, los domingos y días feriados nos íbamos a almorzar junto ese paraíso (todo un piquiniqui como decía nuestro recordado Cantinflas). Un lomo relleno o una gallina, como las preparaban con el arte de nuestras madres o abuelas, con huevos duros aperados de buenas tortillas, frijolitos negros molidos y unos trozos de conserva de dulce de toronja como postre, todo un manjar!. En ese ambiente de frondosos árboles de carao y el ruido musical del río de agua pura que brincando alrededor de las redondas piedras. El aire puro de las montañas circunvecinas nos deleitaban de una brisa fresca y agradable. Con el apetito que devorábamos los chicos esas viandas. El carao es un árbol alto que tiene unas vainas largas, que al abrirlas se ven unas semillas con una sustancia que parece miel, color chocolate y que nuestras mamás mezclaban con la leche para aliviar o quitar la tos. Recordamos que nos metíamos al río y con un mazo se golpeaba una piedra de esas redondas pero no muy pesada para poder moverla e inmediatamente se metía la mano y se agarraba un pez escondido, que llamamos “barbudo” por los bigotes que tenía y es muy apetitoso frito al sartén. En realidad lo más atractivo de esa hazaña era esa agua tan pura que parecía manantial.

Contrasta con el agua de nuestros ríos actuales que es imposible de ingerirse pues la contaminación es fatal. La gente convirtió los ríos en basureros y las porquerías más absurdas se encuentran en sus causes. La municipalidad manda a sacar camiones llenos de desechos, las comunidades se organizan



Lavadoras de ropa deltro del río.

voluntariamente para sacar abundantes plásticos y hasta muebles confortantes. Desde luego, no dan abasto con esa labor ya que la gente no quiere adaptarse a la limpieza y a los buenos hábitos, busca la forma más fácil de quitarse de encima lo que les estorba en la casa y no quieren entender el perjuicio que ellos mismos se hacen con este desorden mental y destructivo.

*Numerosas especies de ácaros e insectos nos invadían y los químicos destinados a su exterminio no eran eficientes, recordamos las pulgas que se anidaban en las cobijas o frazadas. Las señoras cotidianamente revisaban tales cobertores pues uno o dos elementos de estos no nos dejaban dormir a los mayores pues los niños tienen un sueño más profundo, solo se retorcían cuando estos animalitos les picaban. Aunque las familias fueran de muy buenos hábitos en su higiene, las pulgas las adquirían en cualquier sitio. Los perros, gatos y ratas las proporcionaban. Por dicha no contábamos con la peste bubónica pues las pulgas son las portadoras de la enfermedad que ha proporcionado tantos estragos en la humanidad. Aparecieron los polvos para esos pequeños dípteros en las macotas y en 1945 se descubrió el DDT que acabó con todas esas especies. Las niguas era otra cosa muy molesta. Si se visitaba una lechería o una caballeriza, le salpicaban el polvo con boñiga dentro de su calzado, y se podía estar seguro de que alguno de los dedos del pies o planta de la misma, le producía un prurito constante y molesto. Era, muy a menudo ver a un niño del campo con los pies hinchados y llenos de bolitas como maíz de millo, que secundariamente se infectaban y hasta comprometían seriamente su salud. Las “pozolas” como las denominaba el vulgo, eran varios hijitos que anidados en forma de bolita, vivían bajo la piel y había que extraerlos con aguja de coser, que primero se flameaba para su esterilización. Las garrapatas, los piojos, los alepates y los tritomas (chinchas) eran “bichos” muy comunes y que al aparecer el DDT se mermaron importantemente. Una vez que se retiró el DDT por su toxicidad para el humano, algunos como el *Sarcoptes Scabei* (sarna) han reaparecido pero no con la severidad de antaño.*

La mujer debe tener casi los mismos derechos del hombre y digo casi porque algunos muy duros o muy crueles no deben ser parte de su formación. La mujer, en muchos aspectos es superior al hombre pero es prosaico y denigrante que se quiera igualar a él. En algunos aspectos en que las féminas pierden su hidalguía y su ternura. El hombre es rústico, grotesco, de hábitos duros y de una psicología muy propia, que le da esa envergadura de que Dios lo provió. La mujer suele ser dulce, creativa del amor y delicadeza. Su formación corporal es delicada, su piel fina y suave, sus actitudes y vocabulario correcto. Los que ahora peinamos canas no concebimos a las mujeres altaneras con palabras soeces, hirientes, sus voces toscas y de proceder denigrantes. Dios nos hizo diferentes pero complementarios y no que ellas traten de imitar lo feo y prosaico de nosotros los masculinos.

La sociedad al querer cambiar esos papeles, recordamos con nostalgia a pocos de ambos sexos que quisieran legalizar su situación de convivir en pareja. Si lo hicieran por la ley o por su religión a la menor desavenencia se disuelve el vínculo del matrimonio, los hijos sufren las consecuencias emocionales que los estigmatizan toda su existencia con los divorcios. No solo los hijos sufren enormes transformaciones en sus vidas, sino que los mismos divorciados, hombre y mujer son víctimas de soledad, nuevas malas uniones, vidas

rotas con grandes pesares, suicidios y hasta homicidios.

Nietas embarazadas sin ningún porvenir abundan en el proceder sexual actual. El Ministerio de Educación para paliar la situación les ha permitido asistir a clases para que no queden iletradas. Muy a menudo contraen enfermedades de transmisión sexual y la hecatombe de un bebé no deseado repercute en el hogar de sus padres o de su madre soltera. También repercute en la convivencia familiar, en la economía doméstica y en la armonía de todos los miembros de ese núcleo hogareño.

Por otro lado los hogares no están preparando a los muchachitos, futuros hombres del mañana para que sean responsables y asuman los líos en que se meten con estas niñas “inocentes”. El hombre tiene que ser garante de sus errores, el machismo se debe demostrar con hechos constructivos y no con bravuconadas. Los padres de familia actuales tienen que ver mucho con esos malos procederes de personalidades ambiguas. Si el victimario es un escolar de secundaria puede trabajar en el día y estudiar en la noche para afrontar la nueva carga. Los casos pueden ser muy diferentes pero muchos de los hombres actuales les falta formación de responsabilidad como persona y de obligaciones que debe tener todo ser humano. Un hombre que no asume sus compromisos desde niño, de acuerdo con la edad, está mal formado y no merece llamarse hombre. El sexo femenino no recapacita bien sobre esta epidemia de hombres mantenidos y la sociedad tica cada vez con más acentuación va cayendo en el farallón.

Los muchachillos de entonces como sufríamos cuando las hormonas hacían su agosto al llegar la adolescencia. Si no era la pecaminosa masturbación había que exponerse a las meretrices baratas (pues no se acostumbraba a darles mucho dinero a los hijos). Con tanta enfermedad venérea, era un albur enfrentarse a situaciones del morbo masculino. A las muchachitas, supuestamente honradas, no se les faltaba con bajas insinuaciones. La sífilis no tenía tratamiento eficiente ciento por ciento y la insensatez del muchacho en conflicto era grande.

Las jovencitas eran aún más sacrificadas pues tenían que practicar la abstinencia sexual para que no se les estigmatizara. En nuestro medio rural contraían nupcias a muy temprana edad y más bien era triste ver como se llenaban de hijos. Los campesinos nuestros, no perdonaban una noche sin sexo y las campesinas vivían embarazadas de por vida. Las ciudadinas siempre soñaban con casarse, como es lo correcto, tener hijos y programar una coexistencia sana, pero los noviazgos largos y supervisados por sus padres hacían difícil de encontrar al cónyuge adecuado para la señorita deseosa de una vida sexual ordenada y no pecaminosa.

Los muchachos y muchachas se liberaron pero desde 1960 ya tienen una forma de evitar hijos y enfermedades venéreas. Si se contagian de una enfermedad, hay docenas de curas apropiadas para no sufrir fatales consecuencias y secuelas muy dolorosas que estas traen. Aparecieron las pastillas anticonceptivas, los dispositivos intrauterinos, condones, no solo para masculinos también para féminas. Tal vez nos ha faltado mayor difusión de estos grandes adelantos de que nos ha proveído la ciencia. Los ticos hemos sido tímidos en

divulgar estas grandes adquisiciones. En Suecia a los 9 años las niñas reciben educación sexual sobre anticonceptivos, sobre el embarazo y buenas y malas consecuencias de la preñez, enfermedades de transmisión sexual y sobre la crudeza del parto. Los escandinavos saben la precocidad de las juventudes y se adelantan a las amargas realidades que las niñas pueden sufrir.

Si las niñas costarricenses tuvieran ese bagaje de conocimientos en las escuelas, proporcionado por personas competentes, férreamente morales y con facilidades de una psicología constructiva, otro gallo cantaría. Hay que pensar que la mentalidad del costarricense cambió totalmente en cuanto al sexo. Nuestras niñas deben estar protegidas hacia embarazos no deseados y en cuanto a los males venéreos pues si bien ya la mortal sífilis se cura, el Síndrome de Inmuno Insuficiencia Adquirida (SIDA) sigue siendo fatal. triste es pero ya tenemos que despojarnos de prejuicios tradicionales y rasgarnos las vestiduras, que nos motivaron, tanto en nuestra década conservadora pero que nuestro mundo actual todo cambió hace varias décadas y tenemos que preparar en forma diferente a nuestros seres queridos para que se puedan defender.

Homosexuales han existido desde que apareció la especie humana. Su comportamiento y su proceder es lo que ha cambiado. Una anomalía congénita de este tipo, en tiempos de dos a tres generaciones atrás guardaba mucha discreción. Ellos y ellas hacían sus hazañas solapadas o convivían en forma reservada y sin ostentaciones. Las comunidades los conocían o los sospechaban pero los hombres o mujeres ante la sociedad guardaban discreción y no publicaban sus anomalías. Llegó el momento de la desfachatez y las pocas docenas de ellos se convirtieron en millones de amorosos por el mismo sexo.

Cierto es que algunos elementos hombres y mujeres nacen con esa afinidad al mismo sexo y que nadie los podrá cambiar. También nacen afeminados y mujeres muy masculinas pero necesariamente no son homosexuales. Al pasar el tiempo los elementos que pasan por muy bien definidos como hombres o mujeres, son los que, corruptamente convierten esos indefinidos sexuales en verdaderos homosexuales. Estos últimos elementos se creen muy “machos” pues generalmente son lo activos en el sexo pero son tan victimarios de sus actos irregulares como los elementos pasivos. Llegamos a la conclusión de que la mayoría de los homosexuales se hacen por corrupción accidental o desviaciones anormales de los que nacieron con un sexo poco “definido.

Orientaciones sexuales mal concebidas y adquiridas NO CONGENITAS, son las que mayor privan en el homosexualismo. A los niños y niñas se reclutan en esta odiosa actividad, por perversos de escuelas, colegios, universidades, penales, orfanatorios o cualquier reclusorio o internado. Los conventos y seminarios. También en hogares de perversos familiares, a menudo abusan de hermanas, hermanos, hijos, hijas, nietos o nietas. Abundan los pedófilos, estos actos de carnales se denominan incestos. Así es que este falso concepto de que los “gays” (como se hacen llamar) no es que todos nacieron con esas inclinaciones, la gran mayoría adquirieron su forma de actuar sexualmente. Probaron el amor prohibido o no correcto, tristemente los hicieron probar a la fuerza y psicológicamente se desviaron o tomaron otros gustos sexuales diferentes a los que les había dotado la naturaleza. Al ser



Así era la presentación del costarricense.

reclutados en el bando equivocado su proceder y su mentalidad tomaron otro rumbo.

Como decíamos anteriormente nada de esto es nuevo a través de los siglos, lo nuevo, ostentoso y hasta ridículo es que lo publiquen a todos los vientos, perdieron toda vergüenza, que estos elementos exijan matrimonio ostentoso, como si fuera algo regular y que todavía se hagan merecedores de adoptar hijos y ponerles “un sello” de malas intenciones, pues su mal ejemplo y la vida irregular que llevan también se contagia. Lo que pretenden es hacer un semillero de conflictos de gente no aceptada por el resto de la sociedad.

Sí, estamos de acuerdo en que la ley los abrigue para recibir seguro de enfermedad, seguros de vida, puedan legar sus bienes y tengan derecho a los beneficios de vivienda y todo aquello creado por la sociedad para el beneficio de todos los parroquianos comunes. No debe haber discriminación para nadie por raza, religión, color político o diversidad de sexo.

La vestimenta del costarricense fue heredada por la gente europea que nos colonizó. Al tico le gusta vestir bien. Si se trataba de profesionales, empleados de oficina, banqueros, etc. Se les miraba con su traje formal confeccionado a la medida por su propio sastre, a veces hasta con chaleco, corbata, un cuello removible (que en el nuevo siglo XX desapareció). Camisa de manga larga con mancuernillas, calzado de piel de cuero y su buen sombrero Stetson o Borsalino. El ciudadano de la calle que no poseía los medios económicos que los anteriores, usaba su buen pantalón largo casimir, su camisa de manga larga y sombrero, no tan fino como el anterior pero si le gustaba protegerse del agua y del sol fuerte, muy propio del trópico. El josefino usaba zapatos que confeccionaban muy bien los artesanos manuales del país. También el campesino usaba su camisa que le cubría los brazos y todo su tórax, con pañuelo atado al cuello, pantalón de mezclilla o de kaki, que para su trabajo se arrollaba como una cuarta y la mayoría de los jornaleros desposeídos de zapatos, pues esa vestimenta lo maltrataba para trabajar en las laderas. Sombrero de paja para sus labores al sol. Estos atuendos eran nuestro orgullo de buen vestir y nunca imitábamos a los

aborígenes, que por décadas estaban perdidos en reservas indígenas y talvés por falta de caminos en la montaña no afloraban y algunos se vestían más normales que los ciudadanos actuales.

Una vez que el turismo exterior se fue convirtiendo en una industria nacional comenzaron a venir norteamericanos, canadienses y de otros países que tienen inviernos crudos. Todos ellos con la euforia de llegar a regiones cálidas y por tanto igual, entraban a nuestras praderas verdes que a las oficinas de bancos y lugares formales en la ciudad, con la poca ropa y descubiertas partes del cuerpo, clásica de su vestimenta de los “machos” (como los ticos llamamos a los rubios del norte). En sandalias, con sombreros de playa y cargando su enorme mochila de acampar. Esa forma informal de vestir se fue metiendo muy profundamente en el cerebro de nuestros paisanos.

Desde más de medio siglo se fue perdiendo ese prurito del tico por distinguirse en su presentación de su atuendo reverente. La corbata le estorba y no digamos nada de su saco o una “jacket”, pues nos sentimos que nos estamos asando en y donde no hay calor exagerado; la moda es andar muy ligero, no importa si lo puedan confundir con un cargador de mercadería del mercado o con un recolector de basura. El ciudadano común de la calle

anda en “shorts” o bermudas, la mayoría con camisas de playa, camisetas de colores sin hombreras, para mostrar sus carnes protuberantes o llenas de tatuajes extensos. Zapatos tennis de caprichosas formas, colores y estilos vistosos. Frecuente es usar una gorra del partido de futbol o de estilo beisbolista. Hay gran número de hombres que les gusta el pelo lleno de púas como cuerpoespín o una cresta muy alta y central, como la del morero Barackus, personaje de pantalla.



Damas bien presentadas junto al lechero.

Las jovencitas y hasta las mujeres mayores exhiben su cuerpo y la ropa solo les cubre muy parcialmente las partes íntimas. El exhibicionismo es tanto de un sexo como de otro, esto ya raya en lo absurdo y la desvergüenza sin límites. Como la obesidad es una epidemia que abarca muchas regiones del globo terrestre, Costa Rica no se escapa. Señoras entre 40 y 50 años, obesas con un porte desagradable andan por lugares públicos, con sus colgajos de piel repulsiva, con “pantaloncitos calientes” (que es un short con bordes en las ingles).

El porta bustos mínimo para que sobresalgan la masa exuberante de sus feas pelotas. En las jóvenes de cuerpos armónicos, esta conducta es vistosa, bulliciosa y no desagradable; pero muy audaz y peligrosa. Ese proceder, de muchachas insensatas las expone a numerosos hombres perversos sin escrúpulos que las esperan en lugares solitarios para raptarlas, violarlas y para no dejar huella “según ellos” las matan con zaña y tiran sus cuerpos en cualquier río o farallón.

Otra cosa que nos preocupa a nosotros los viejos es la forma de comportarse de los jóvenes en el amor. Nos toca ver con frecuencia en esquinas muy concurridas de la ciudad parejas haciéndose el amor, sin mediar escrúpulos o el que dirán, la gente y las autoridades no intervienen ni se animan a comentar, pues son temerosos de agresiones con armas dañinas o algo por el estilo. La mujer perdió su amor propio y el varón la vergüenza y la altura de caballero. En los tiempos pretéritos a que nos hemos referido esta burda anomalía era motivo de cárcel por faltas a la moral. Y ninguna pareja se exponía a quedar desacreditada ante la comunidad. Los transeuntes no se los permitían, pues les decían desvergonzados, busquen cuarto si quiere intimarse.

Las personas mayores que vivimos el pasado nos sentimos muy incómodos pues tenemos descendientes que sufren o van a sufrir las consecuencias de esta era desbandada, es más, ya muchos de estos ancianos sufren bastante y en silencio, pues muchos de sus hijos, nietos o tataranietos están en esa onda que criticamos con vehemencia. Ancestros que ya desaparecieron se salvaron de muchos vejámenes pero como la longevidad que la ciencia y la tecnología nos ha gratificado con vivir más y mejor, también viene acompañada de colores anímicos y psicológicos por la irregularidad de que alguno o varios de los miembros cercanos de la familia que toman con facilidad caminos torcidos o no edificantes..

Se nos han quedado en el tintero muchos recuerdos de antaño que nos dieron sabor a los años vividos. Los grandes literatos nos dicen que recordar es volver a vivir; aunque tengamos nostalgia, para el autor haber relatado estas estrofas ha sido agradable. Pedimos perdón al haber tratado muy duramente a los que ostentan las críticas presentes y que esos errores no son de nuestro agrado, pero nos gustaría que estas juventudes nos comunicarán su modo de pensar ante estas realidades y como se podrían enderezar los desaciertos.

*Dr. Manuel Zeledón Pérez
- Escritor -*